

# EL BALUARTE

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 127

Sevilla—Sábado 6 de Junio de 1903

AÑO XXVII

## El partido católico Y LA LIGA ANTICATÓLICA

Roma, es decir, el papado, por inspiración del secretario de Estado, ha ordenado al cardenal primado de España la constitución y organización del partido católico, bajo la dirección del arzobispo de Toledo, y éste, á su vez, ha comunicado á todos los diocesanos las instrucciones y reglas para la organización de juntas y la preparación de un Congreso católico.

Como todos los intentos de organizar las fuerzas clericales bajo la base de una dirección civil han fracasado, y la última caída la dió recientemente Maura el elegido, Roma se ha liado la manta á la cabeza y ha decidido poner al frente de la agrupación política á los obispos.

También se estrellará y fracasará en su nuevo intento, no sólo por las luchas intestinas, sino por la acción de los liberales, que, con este toque á generala de todas las fuerzas clericales, se convencerán de una vez para siempre que toda benevolencia con Roma es un crimen de lesa nación y una traición á las ideas y al progreso moderno.

Muerto el catalanismo, desacreditada la política regionalista inspirada por Rampolla á Polavieja, y fracasados los hombres políticos que subieron al poder con esos intentos, ahora se quiere que los obispos, que cobran del erario español, que son atendidos preferentemente en el presupuesto y nombrados por el gobierno de España, organicen un partido antipatriótico, antinacional, que gobierne para Roma contra los intereses de España.

Vano empeño y saludable enseñanza al propio tiempo. Conocidos ya los intentos del enemigo, al país toca defenderse, negando los subsidios, suspendiendo los emolumentos y declarando á Roma que, ya que está dispuesta á la guerra y arroja el guante, la España liberal lo recoge y acepta el combate.

Al lado de esta nota egoísta, que no tiene más finalidad que la *limosna* de San Pedro y la absorción del Vaticano con todos sus egoísmos, surge una nota admirable, simpática, verdaderamente evangélica. Un grupo importantísimo de sacerdotes abnegados, inteligentes, virtuosos, cultos y de reconocida competencia y saber, que han recibido los latigazos del poder teocrático vaticanista, que han pasado por todas las amarguras de la difamación y de la calumnia, que han sido objeto de los más crueles tratamientos, á quienes se ha sitiado por el hambre por sus jefes naturales, por sus diocesanos, que no tienen más noción del amor, ni otro concepto de su ministerio de paz y de mansedumbre que una sumisión absoluta á sus designios para quienes el sacerdote subordinado no es más que un servil instrumento de sus mandatos, han arrojado del templo, privado de licencias y maldecido con todos los rayos de la excomuniación, llamándoles impíos, réprobos, malos sacerdotes, sólo porque defendían esas doctrinas evangélicas que ellos han olvidado: la pobreza, la mansedumbre, la caridad cristiana, el respeto á todas las ideas. Esa corporación de sacerdotes abnegados se ha decidido al fin á mirar cara á cara á Roma, á desafiar sus iras, y ha constituido una asociación de católicos, que se intitula Liga antiteocrática para defender los verdaderos principios, las verdaderas ideas del cristianismo, afirmando su fe de católicos, pero emancipándose de la Roma papal y vaticanista, con toda su cohorte de ambiciosos y con todas sus legiones de frailes y asociaciones monacales. Roma, influida por el jesuitismo, enemigo de la patria, de la familia, tiene enfrente ya una asociación poderosa por el número y calidad de los adheridos, de sacerdotes católicos

virtuosos, patriotas, honrados, que al solo indicio de su constitución, en una hermosa carta que publica el esforzado Ferrándiz en el número de nuestro querido colega *El País*, correspondiente al miércoles último, ha causado profunda sensación en los palacios episcopales y honda impresión en Roma.

Simpática es la idea, y la acogemos con verdadero cariño; porque aunque nosotros, apartados de confesión religiosa y profesando las ideas de que los Estados deben vivir con absoluta independencia de las religiones, esa protesta contra Roma, ese grito de los oprimidos contra los tiranos, esa asociación de sacerdotes católicos contra la teocracia y el clericalismo, esa Liga que surge del seno de la Iglesia, dirigida por sacerdotes católicos patriotas contra la invasión opresora de la Roma papal, es un destello luminoso y una fuerza importante, que ha de ayudarnos poderosamente á sacudir el pesado yugo de la tiranía vaticanista y del régimen doctrinario que, bajo su dirección, se enseorea de España y domina las conciencias.

Reciban esos valerosos sacerdotes nuestros cariñosos sentimientos de simpatía.

Frente al partido católico, que no es otra cosa que el poder teocrático y la absorción por Roma del Estado, ya saben los liberales lo que tienen que hacer.

A. A.

## Murmuraciones

El ensalzador de Meco, el ilustre gallego D. Eugenio Montero Ríos, ha hablado en el Senado en nombre del partido liberal dividido en tres porciones.

Las porciones susodichas no se han dado por satisfechas con la lucubración del Sr. Montero, porque una de ellas, la que representa el Conde de Romanones, ya ha dado su veredicto: la cuestión religiosa, que es la alcayata en donde cuelga siempre el sombrero del señor Conde, no la ha tratado en sentido amplio, como el tal Conde la trataría, á trueque de no cumplir luego nada de lo que promete, como hizo la otra vez.

La otra porción de liberales que acudilla el señor marqués de Vega Armijo, por boca de su jefe, quien no se ha enterado, ha dicho que está conforme.

Falta todavía la opinión del Sr. Moret, ese Judío Errante que siempre va á ahorcarse al árbol del ministerio de la Gobernación.

Este señor no tiene más opinión que aquella que le remitan por la estafeta del Vaticano, al que se halla sometido sin ningún género de restricciones.

El Sr. Montero Ríos, entre las montañas de las montañas que ha dicho en el Senado, ha contado la siguiente:

“El partido liberal es un partido monárquico, decididamente monárquico. Cree que el pueblo español es esencialmente monárquico, que la forma de gobierno que está más en armonía, no sólo con nuestras tradiciones, con nuestras costumbres, sino con el concepto que él tiene formado del poder público, es la monarquía.”

De esto se ha enterado el Sr. Montero Ríos á la vejez.

En su juventud, cuando era republicano y engañaba á todos los jefes de la República, pensaba de otro modo.

La monarquía está más en armonía con las tradiciones españolas, porque las tradiciones españolas se fundamentan en hacer tratados como el de París.

Y si es con nuestras costumbres... no hay que hablar.

Ahí está Meco, el gran despreocupado, que lo diga.

Sin embargo—sigue diciendo el señor Montero Ríos—España es un país eminentemente democrático.

Y ahí está el que lo prueba, y además hace un paréntesis.

Oigámosle:

“Permitidme que, por vía de paréntesis, os diga lo que leí allá en mi juventud,

escrito por un publicista muy célebre de aquellos tiempos, y que no tenía nada de liberal, ni de democrata, el ilustre Jaime Balmes: “Es tan democrático el pueblo español—decía—que cuando un español habla con persona que tiene tratamiento, se lo da la primera vez, y si ésta no se lo apea, se lo suprime para facilitar la conversación.”

No sé á qué viene ese cuento, porque lo mismo puede ser democracia que mala educación ó ligereza.

Resultado:  
Que el Sr. Montero Ríos ha pasado por la maroma de la jefatura del partido liberal con el balancín de la socarronería, y que no se ha caído.

Es un viejo ducho en estas artes de decir y quedarse metido en su casa.

Ayer hubo en Sevilla un escándalo monumental.

Una beata de esas que enseñan los malos sentimientos que tienen y la Doctrina cristiana, las dos cosas á la vez, había maltratado á una niña con crueldad.

La niña susodicha murió, y el padre de la criaturita se volvió loco y quería coger á la beata para mandarla hacia el cielo derechita, después de darle, como á los conejos, entre oreja y oreja.

Afortunadamente, cuando suceden estas cosas siempre aparece la autoridad, y la hermanita de Cristo, poniendo tierra por medio y metiéndose debajo de la sotana de su confesor, pudo escurrir el bulto.

El bulle-bulle popular, la gente ignara, jura y perjura que la hermanita en cuestión es una tía con malos sentimientos, pero... el certificado de defunción del forense—¡descúbranse ustedes!—asegura que la muerta lo fué naturalmente, sin violencia alguna; esto es: en el momento de morir, no la maltrataron.

Si acaso, la maltratarían antes. Pero como el médico no es adivino, no puede certificar más que aquello que ve; y lo que vió fué... que la niña estaba muerta.

En estas ocasiones, un médico forense y un parche de unguento amarillo hacen el mismo efecto: el médico chupa el importe de su certificado, y el parche, ó el unguento, una poquita de pus... y el muerto al hoyo.

La vindicta pública comenta el suceso dos ó tres días después. La hermanita en Cristo se arremanga las enaguas y se va á otro matadero, y todo queda en paz.

Nada hay más beneficioso para los pobres que las escuelas católicas que tienen fundadas las hermanitas en Cristo: llevan á ellas sus hijos y allí se los educan para el cielo á cogotazos, á punterazos y á pescozones.

¡Como las pobres hermanitas no saben lo que cuesta parir un hijo!

Y apropósito:

Ese era el castigo que yo les daba á las hermanitas que tienen mal corazón: ponerlas á parir, para que se convenciesen de que no es tan fácil parir un hijo como maltratarlo después.

Circulan billetes falsos por la provincia de Málaga. Es la emisión que se ha hecho para la compra de pasas, porque en eso *passa* todo, ¡como son uvas pasadas!

La prensa francesa ha descubierto el enigma de la denuncia hecha en España por el Sr. Cotarelo, referente á la familia Humbert.

El hijo del Sr. Cotarelo (académico) estaba enamorado de la señorita Eva, y el Sr. Cotarelo, que no quería Eva en su casa, se convirtió en serpiente y... escupió, es decir, echó la salivita.

Y cobró los veinte mil francos de marras.

Ayer llegaron á Sevilla, por la línea de Córdoba, cincuenta y tres frailes franceses, que están alojados en el convento de Capuchinos.

Mañana domingo, á la una de la tarde, se pondrán de muestra.

Las señoras que deseen comprar algunos pueden presentarse en la portería de dicho convento y solicitar billete de entrada.

El no presentarse antes á la curiosidad de los fieles es debido á que vienen con roña después de un largo viaje.

De los cincuenta y tres, hay treinta que gozan todavía de juventud.

El obispo de Salamanca ha dicho en el Senado que los obreros están necesitados de alimento espiritual.

Esto es: ¡catecismo, catecismo!  
Las magras para ellos, para los obispos.

¡Qué sangre más negra tendrá este ministro del Señor!

Se espera que el Papa se muera muy pronto...  
—Pero si se muere nos pondrán á otro.  
—¡Es claro, señores! Parecéis tontos.  
¿Va á quedar vacante tan jugoso momio?

De un artículo de Blasco Ibáñez:

“En los Estados Unidos, en Inglaterra y en otros países civilizados, los millonarios que mueren, y que en su mayoría comenzaron como simples obreros, dejan cuantiosas fortunas para centros de enseñanza. El rico desea perpetuar su nombre levantando una Universidad ó una Biblioteca, importándole más el agradecimiento de los humanos que la entrada en un cielo inventado por los que comen á sus expensas. Aquí al millonario que muere lo visiten de fraile, y los robos propios ó de sus ascendientes los dedica á misas ó á la fundación de uno de esos asilos católicos, en los que brilla refulgente el templo, con la nitidez de los mármoles y el oro de las cruces, y monjas y curas ocupan las principales habitaciones, mientras el rebaño tiñoso, sucio y anémico, de los desgraciados que sirven de pretexto á la soberbia fundación, comen en el rincón más infecto las sopas y las lentejas de la caridad cristiana.”

El que crea lo contrario, que lo diga. Yo estoy conforme.

Dice *El Noticiero* que...

“En el pueblo de Albolote han muerto estos días 56 cerdos de una enfermedad que allí se desconoce y que mata repentinamente.”

En mal hora han llegado los frailes franceses.

¡Como los coja la epidemia!...

CARRASQUILLA.

## Confesión de parte

Con todos los altos respetos que merece persona de los relevantes méritos del señor Marín Carmona, que acaba de prestar á nuestra patria el colosal servicio de denunciar al Fisco las incommensurables ocultaciones tributarias de la Compañía Sevillana de Electricidad, voy á contestar las insidias con que me acaricia su felina hoja suelta publicada anoche, en lo único que me afecta.

Cierto, ciertísimo que debo favor y estoy agradecido al Sr. Engelhardt, y para demostrar mi gratitud voy á publicar ese favor que tengo recibido.

Era el Sr. Marín Carmona ente social para mí desconocido el primer día que llegó á mi casa, solicitando que le imprimiese un periódico satírico titulado *Sancho Pansa*; me resistí á su empeño por temor al *sable*, mas su *retórica* y sus manifestaciones de ser empleado estimadísimo de la Compañía Sevillana de Electricidad y Tranvías, con excelente sueldo, me decidieron á imprimirlo.

Llegó la hora de cobrar, y que venga usted, y que vaya usted, y que no he cobrado mi paga... Total: que quien no cobraba era yo, hasta que me decidí á cobrar judicialmente, embargándole el sueldo, y para ello acudí al Sr. Engelhardt con objeto de saber si alguien se me había adelantado.

Por esta circunstancia, el Sr. Engelhardt conoció el asunto, y deseoso de evitar disgustos y descuidos, pagó la cuenta del Sr. Marín Carmona, descontándosela de sus haberes.

Más tarde, volvió el señor Marín Carmona á ocupar mis máquinas de imprimir

en trabajos de sus empresas anunciadoras y de propaganda, y para cobrarle fué siempre necesario recurrir á los mismos resorts, esto es: cobrar al señor Engelhardt para que éste le descontase, de sus haberes, el importe de las cuentas.

¿Y no he de estar agradecido al señor Engelhardt!... Si no hubiera sido por ese buen señor, ¿cuándo me paga el señor Marín Carmona?...

Tal vez se atreva á decir en su próxima hoja que todo lo expuesto es mentira, y que él es más Roger que el de la blanca flor.

Por si acaso, bueno será que el señor Marín Carmona, antes de pretender descreditarlo con nuevas insidias y majaderías, venga por esta casa y pague las doce pesetas que me adeuda por las últimas impresiones que le hice, cuyo pago no puedo ya recabar de la amistad del señor Engelhardt, por tener agotados el Sr. Marín sus haberes en la caja eléctrica.

Y mi cobrador se lo agradecería, porque desde Enero á la fecha, que gestiona el cobro, lleva gastadas cinco pares de botas; y es lo que él dice:

—Este Sr. Marín, que no puede pagar estas doce pesetas, ¿cómo se gasta centenares de pesetas en imprimir y repartir gratis millares de hojas sueltas?

¿Por amor á la Justicia?

¿Qué abnegación!

JUAN PÉREZ GIRONÉS.

## IMPUNIDAD

No puede darse una prueba mayor de la complicidad tácita del gobierno actual con los enemigos de la Constitución y, por lo tanto, de la patria, como la impunidad de que gozan los carlistas, apesar de sus desaforados gritos de ¡viva Carlos VII! y otras lindezas mucho más pecaminosas que el patriótico viva á la República.

Los desbarres de los partidarios del gran proscrito, seguros de la impunidad, se despachan á su gusto; sus osadías insanas dejan tamañitos los discursos más fogosos de los Bonafulla, de Teresa Claramunt y de todos los prohombres de la acracia.

Los curas párrocos, que cobran sus haberes del gobierno constituido, son los primeros en favorecer el movimiento carlista.

Para convencerse de la veracidad de nuestras aseveraciones, no hay más que leer el *compterendu* del banquete dado en el Parque de Barcelona en honor de Mella.

Allí los curas recordaron las gloriosas *hazañas* de su inolvidable congénere Santa Cruz. Las barraganas monjiles dieron sus *palatitas* en honor de D.<sup>ca</sup> Berta, y la música del Asilo Naval tocó la Marcha real al descorrer el velo que ocultaba la vera efigie de aquel que dijo que si volvía á España como rey, "haría comer paja al pueblo."

Cuando los republicanos en sus asambleas y mítins dan un viva al ejército, lo hacen por convicción profunda, y cuando se pregunta á nuestros jefes sus opiniones sobre el ejército, contestan que merece, por su valor y virtudes cívicas, que se le devuelva la honra que los funestos gobernantes de la Restauración le han restado.

En el mítin celebrado en Lérida la semana pasada los carlistas han insultado al ejército, diciendo que se acordaban de sus victorias en las últimas guerras carlistas, añadiendo que en Somorrostro el ejército leal dió muestras evidentes de su inferioridad bajo todos los aspectos....

En el banquete que siguió á ese mítin de energúmenos ensotanaos, hubo brindis que no se pueden repetir, se cantaron coplas facciosas, se dieron sendos mueras á las instituciones constitucionales, y se hizo un derroche de insultos hacia todos aquellos que no comulgan en el altar carlista, cuyo eterno sacrificador reside en Loredan.

Mientras los reaccionarios se desgañan en mítins, *en uso de su perfectísimo derecho*, los republicanos están cazados como bichos dañinos, y el gobierno Silvela-Maura no pierde la más pequeña ocasión de mortificarlos.

Adivine usted por qué será tanto ri-

gor para con unos y tanta benevolencia para con otros.

Mientras invade el territorio español todo ese renuevo de frailes y monjas, apoderándose de los bienes de las viejas ricas, en detrimento de los intereses creados por los frailes y monjas de acá, Francia sigue barriendo y limpiando su suelo de tanta basura, de tanta inmundicia.

Son, según refiere *El País*, 9,500 órdenes religiosas las que vienen á establecer aquí sus reales.

Son 40.000 bocas devoradoras que vienen á consumir, sin producir más que desquiciamientos en los hogares y hacer el juego de los carlistas, de quienes son afines.

El gobierno español ve esa invasión con siniestra sonrisa; esto les ha de sostener—según ellos—en el poder; es refuerzo necesario, el estiércol que ha de robustecer el morbosó manzanillo monárquico-clerical, que todo lo emponzoña en su rededor. Hemos llegado á preguntarnos: ¿son malvados? ¿son tontos? ¿son locos? ¿son españoles?

El tiempo se encargará de contestar á esas preguntas; pero, por de pronto, podemos afirmar que la impunidad de que disfrutan los carlistas en sus zambras es una prueba patente de que son lobos de una misma camada.

V.

## GRANDES Y CHICOS

Bien parecen los grandes de España dirigiendo un cotillón ó dormitorio en la alta Cámara, según su edad; cubriéndose ante el rey ó tomando la almohada en la regia estancia, según su sexo. Bien parecen entregados á los deleites esportivos, manejando la espada ó corriendo en automóvil, consagrando sus vigilias á la trilogía de la heráldica, analizando hasta los ápices el vetusto código del honor, asistiendo á las conferencias de los *luses*, derrochando noblemente la fortuna que les legaron sus mayores, gozando los placeres que les brindan su estado y condición. Pero la grandeza de España congregada para elevar al trono un mensaje de adhesión y desagravio, la grandeza reunida para constituir un comité electoral que dispute á los republicanos algunos cargos concejiles, es cosa que á ningún español legítimo puede caberle en la cabeza. De tal suerte estamos aquí desacostumbrados de ver en la aristocracia una fuerza social y política.

Para reconstituirse como tal fuerza, es ya algo tarde. La historia tiene también su prescripción. Lo que no se ejercita, caduca. Cuatro siglos de descanso, con honores de abdicación; han reducido á cero la representación política y social de la nobleza. Quien quiera hallar sus precedentes ha de remontar muy lejos la corriente de los tiempos. Si no llega á la monarquía visigoda, de cierto no podrá detenerse antes de los más turbulentos, oscuros y revueltos días de la barbarie medioeval, cuando al amparo de la desorganización política y la flaqueza de la corona, los magnates se imponían á los pueblos y desacataban ó tutelaban á los reyes. Ya ha llovido desde que los nobles aragoneses impusieron por la fuerza á sus soberanos el respeto de los privilegios de la Unión. Ya ha llovido desde que los nobles castellanos se congregaban en Avila para deponer á un rey, uniendo el sarcasmo al ultraje. A partir de la definitiva constitución de la nacionalidad española, la aristocracia pierde toda especie de poder político. Ella muere cuando España nace.

¿Qué ha sido de ahí para acá nuestra nobleza sino la esclava sumisa de la Iglesia y la sierva de los monarcas? Nunca la aristocracia española logró reponerse del golpe de muerte que la asetera la política de los reyes católicos y la de Cisneros. Abdicó sin combatir, se dejó matar sin defensa. Falseada en su mente por el prejuicio católico y monárquico la noción del deber, extinguíose en su ánimo todo espíritu de noble altivez. Al desertar de su propia causa, desertó de la causa nacional. Dejó de ser una clase social para convertirse de un oficio palatino. Terció en presencia del inquisidor, pobló la antesala del valido. Llevar el verde estandarte en los autos de fe, disputarse el honor de prestar á los reyes domésticos servicios; esto y poco más ha hecho nuestra nobleza desde el día en que la omnipotencia del poder real, á la cual no supo apenas dar ayuda ni poner estorbo, vino á reducir á la absoluta nulidad política en que ha yacido durante el imperio de las dos últimas dinastías.

Se comprende el snobismo en Inglaterra. Se comprende que, aún en nuestros tiempos democráticos, la aristocracia británica conserve no pocos prestigios. Los ingleses no pueden olvidar que de aquella Carta Magna, arrancada por los barones á la flaqueza de un usurpador, derivó su libre Constitución, envidia y admiración del mundo. Aquella aristocracia ha encarnado en la vida nacional. Su historia es la historia de la patria. Por centenares se cuentan los hombres de ilustre abolengo que han dejado allí la huella luminosa en la guerra, en la política, en la literatura, en la ciencia. Pero ¡entre nosotros! ¿En qué momento solemne de nuestra vida pública se ha constituido aquí el patriciado en órgano de los intereses y aspiraciones nacionales? No fué ciertamente cuando, en los comienzos de la dinastía austríaca, abandonó la causa de la libertad y del derecho, defendido por comunidades y germanías, para ayudar á la implantación en nuestro suelo de una exótica tiranía. No fué cuando consintió sin protesta que Asturias y Borbones hicieran tabla rasa de nuestros fueros y franquicias tradicionales. No fué cuando, si es que no auxilió á la invasión extranjera, dejó entregado á sus destinos al pueblo español que luchaba en defensa de su independencia, mereciendo el amargo apóstrofe con que fustigó más tarde su conducta de entonces el inmortal Espronceda. No fué cuando, durante la larga lucha constitucional, se mostró punto menos que extraña é indiferente á la gran contienda, apoyo inútil para la reacción, enemigo impotente de la libertad. No fué cuando hizo á la monarquía democrática aquella guerra de alfilerazos, tan gráficamente descrita por el malicioso autor de *Fuquenesses*. No ha sido cuando, en el momento de la gran catástrofe nacional, nada pródigo de su oro y muy avaro de su sangre, dejó gravitar sobre el pueblo el peso todo del desastre, perdiendo la ocasión de imitar siquiera la conducta de aquellos yanquis opulentos que supieron ofrecer á su patria, aun en una empresa de injusticia y expoliación, el sacrificio de sus vidas.

No es con júbilo, sino con pena, como hay que reconocer la carencia entre nosotros de tales prestigios. Como la falta de un verdadero partido conservador, digno de tal nombre, es acaso la más grave deficiencia de nuestra vida constitucional; la falta de una aristocracia fuerte, enérgica, independiente, celosa de sus privilegios y capaz de defenderlos contra las pretensiones de la corona, ha sido uno de los más grandes males de nuestra historia política. Ciertamente una aristocracia semejante podría ser aun temible adversaria del espíritu democrático; pero ¿es que nada nos importa acaso la grandeza de nuestros enemigos? En las mezquinas luchas del interés gana cada contendiente lo que su enemigo pierde. En las nobles contiendas del derecho, la gloria y el poderío del adversario son propio poderío y propia gloria. El conflicto secular entre patricios y plebeyos fué la forja donde se templó el acero del genio romano. La democracia, al cabo victoriosa, vigorizada en recio y duro combate, medirá la magnitud de su triunfo por la fuerza de los vencidos.

Desengañense nuestros *eupatridas*: su función pública ha acabado para siempre. En punto á atribuciones políticas han de contentarse con la absurda coparticipación de la soberanía que un plebeyo endiosado tuvo á bien concederles, en forma de senadurías vitalicias, al decretar la constitución de la alta Cámara. Para los menesteres electorales no tienen vocación ni aptitud. Mejor saben desempeñar tales funciones los miembros de esa aristocracia novísima, nacida de la fermentación de un régimen que se descompone, y que, bajo los nombres de oligarcas y caciques, han restaurado de hecho en nuestros días el viejo organismo feudal. Vuelvan los aristócratas á sus habituales placeres y déjense de escudriñar el censo, pues no es de esperar se engendre un gran elector en clase social tan infecunda que, durante toda la última centuria, á tal extremo henchida de hombres y sucesos, no ha acertado á dar un gran caudillo al ejército, un gran prelado á la Iglesia ni á la patria un medianista.

ALFREDO CALDERÓN.

## Croniquilla

LIGEREZA

Ahora resulta que la niña fallecida en calle Torres murió de *meningitis* y no cuasi descabellada con el puntero de la hermana María. Esto último—según *El Figaro* de la conservaduría sevillana jesuítica—lo propagó un criminal. ¡Qué cosas descubren estos Lorenzanas, califica-

dos gráficamente por un genial escritor de plúmbeos!

Para ellos, todos los más que escriben estas hojas periódicas y tienen la sinceridad de contar al público las cosas como suceden, para que aquél, al comentarlas, lo haga con verdadero conocimiento de causa, son ligeros. Tienen razón; la pesadez es cualidad de su exclusiva competencia.

¿La pesadez no más?... no; y la hipocresía. Porque dando por cierto el hecho de que la muerte de la niña fallecida en calle Torres la hubiese producido esa casual *meningitis* dictaminada por un médico, y no los malos tratos que de público afirmábase había recibido en el colegio de las carmelitas de calle Pozo, ¿se nos quiere decir si algún otro médico ha comprobado que á las educandas no se les hacia limpiar con la lengua, por la caritativa hermana María, los escupos arrojados al suelo?... Y esto sí que lo dice á *tutta voce* el indignado vecindario de la Macarena.

Quizás sea también una ligereza el acto de hacer pública denuncia de un hecho repugnante. ¡Qué hemos de hacer! Pero nos va tan bien con nuestro sistema de hablar desposados con la verdad, que francamente, sentimos honda satisfacción en ello.

¿La sentirán así mismo los plúmbeos cuando suben al púlpito y se enmascaran con la careta de la hipocresía?... Allí ellos....

Nosotros seguimos y seguiremos tan ligeros y tan convencidos de la bondad de nuestro sistema, que no lo trocamos jamás por ese otro de la mentira y la adulación bajuna y rastrera, que debe encender la vergüenza en el rostro siempre que se emplea.

¡Apenas si existe diferencia!

Pero dejando á un lado el suceso de la niña muerta de *meningitis* (según el dictamen médico) ó cuasi descabellada con el puntero de la hermana María (según el rumor público), pasaremos á otro asunto sobre el que tenemos que llamar la atención, por revestir no escasa importancia higiénica.

Y la cosa no es pequeña. ¡Cincuenta y tres frailes franceses llegados á Sevilla y alojados "como las propias rosas" en el convento de Capuchinos!

La expulsión de los órdenes religiosos de Francia resulta una epidemia caída sobre España. Con perdón del amigo y compañero Vasseur, estábamos por indignarnos contra los actos en materia religiosa del gobierno francés, tan perjudiciales para la paz social española. ¡Cincuenta y tres frailes más sobre el número de los que ya pádecíamos! Ahí es nada.

El hedor nauseabundo que exhalan los alrededores del llamado convento de Capuchinos se ha acrecentado de una manera alarmante; hace falta, mucha falta, que en aquellos sitios se arrojen cantidades no escasas de cloruro de cal, para que los miasmas propagadores de males contagiosos, y que también se desarrollan y viven en los lugares pestilentes, no causen estragos durante el verano entrante en el populoso barrio de la Macarena.

¡Cincuenta y tres frailes! ¡Media compañía con sayal, andalias y apellidos desordenados de comer, beber y *ainda mais!*

No podemos quejarnos los sevillanos. Nos protege la suerte; todas las felicidades terrenas vienen á caer sobre nuestra ciudad.

¿Será también *ligerosa* dar esta noticia frailitano-capuchinesca?...

Quizás lo sea. Estas cosas del rezo y de las magras hay que tomarlas muy en serio; no hacer que trasciendan al público, porque es lo que éste dirá:

—¿Qué vamos á hacer con tantos frailes?...

Nosotros daríamos inmediata contestación; pero, nó. Puede enfadarse *el Figaro* de la conservaduría jesuítica sevillana y venir acto seguido el descuaje. ¡Y para descuaje, bastante tenemos con la llegada de cincuenta y tres frailes!

## Curiosidades

EL ARTE LIRICO EN CHINA

El *Mu-jü*, ó pez de madera, consiste en un trozo de leño redondeado, hueco, pa-